

El proyecto ecocrítico: reflexiones sobre la colonización académica de la naturaleza (latinoamericana)*

Recibido: 30/07/2024 | Revisado: 27/11/2024 | Aceptado: 21/01/2025
DOI: 10.17230/co-herencia.22.42.5

Juan Esteban Villegas Restrepo**

juan.villegasr@upb.edu.co

Federico Ayazo Vélez***

Nataly Acevedo Barrientos****

Resumen Este artículo indaga en los paradigmas culturalistas de la crítica literaria actual con el fin de evaluar los alcances de la llamada ecocrítica y sus formas de colonización académica en el contexto latinoamericano. Para ello, examina sus contextos de surgimiento en la academia anglofona tras la caída del muro de Berlín en el marco del viraje neohistoricista y su correlato, la tercera ola de los estudios culturales. Luego, analiza la trayectoria de la ecocrítica en América Latina, donde ha sido adoptada con entusiasmo pero condicionada por las lógicas hegemónicas propias de su surgimiento. En ese sentido, el artículo argumenta que, debido a su desmedido afán por exponer problemáticas socioambientales, la ecocrítica, en lugar de propiciar un debate teórico enriquecedor, ha evadido convenientemente y perniciosamente la pregunta por una metodología afín a los estudios literarios, al tiempo que ignora la autonomía estética de la literatura.

Palabras clave:

América Latina, ecocrítica latinoamericana, estudios culturales, estudios literarios, geopolíticas del conocimiento, naturaleza.

The Ecocritical Project: Reflections on the Academic Colonization of (Latin American) Nature

Abstract This article delves into the culturalist paradigms of contemporary literary criticism in order to assess the scope of the so-called ecocriticism and its forms of academic

* Este artículo se deriva de varios proyectos investigativos desarrollados en el Semillero de Estudios Literarios Latinoamericanos y del Caribe (ESLILAC), grupo de investigación Epimeleia, de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana.

** Doctor en Literatura. Profesor de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín-Colombia. ORCID: 0000-0002-2898-027X.

*** Magíster en Literatura. Profesor de la Universidad

colonization in the Latin American context. To this end, it examines its contexts of emergence in the Anglophone academy following the fall of the Berlin Wall within the framework of the neo-historicist turn and its corollary, the third wave of cultural studies. It then analyzes the trajectory of ecocriticism in Latin America, where it has been adopted with enthusiasm but conditioned by the hegemonic logics inherent to its emergence. In that sense, the article argues that, due to its excessive zeal for exposing socio-environmental issues, ecocriticism, instead of fostering an enriching theoretical debate, has conveniently and perniciously evaded the question of a methodology akin to literary studies, while ignoring the aesthetic autonomy of literature.

de Antioquia,
Medellín-Colombia.
ORCID: 0009-0005-
7692-065X.

***Profesional en
Estudios Literarios.
Universidad
Pontificia
Bolivariana,
Medellín-Colombia.
ORCID: 0009-0002-
3760-7781.

Keywords:

Cultural studies, geopolitics of knowledge, Latin American eco-criticism, Latin America, literary studies, nature.

Aunque con algo de asincronía con respecto a Estados Unidos y Europa, en la actualidad los procesos de docencia e investigación literaria en América Latina se caracterizan por la ingente expansión tanto del canon cuanto de sus objetos de estudio, así como por el asentamiento de aproximaciones emancipadoras, sociólogas o culturalistas a los mismos. El primero de estos procesos debe pensarse a la luz del cambio no de la literatura como tal, sino del lugar que esta ocupa al interior de los discursos (Schaeffer, 2013), mientras que el segundo, que retóricamente se manifiesta en una predecible y hoy ya fosilizada cantera semántica en la que destacan vocablos como “contrahegemónico”, “identidad”, “cultura”, “marginación”, “representación”, “resistencia”, “subalterno”, “raza” y “género”, debe pensarse en sintonía con la erradicación irreflexiva -liderada por lo que Bloom (1994) hace treinta años denominó “La escuela del resentimiento”- de la pregunta por el valor estético (Sarlo, 1997; Laverde, 2014) o, en su defecto, con un declarado menosprecio o socavamiento del análisis estético de la obra.

Todo esto podría leerse bajo la tesis de lo que Arjun Appadurai (1996) denomina “la economía cultural global” (p. 27) y, en esa misma vía, de esa manera posmoderna de acercarse a la cultura, vía la literatura, que se alinea con el nuevo universalismo universitario de la identidad y la diferencia que se manifiesta en la imagen “de la universidad comprometida y beligerante que se contenta con señalar

la marginalización y la exclusión de grupos sociales” (Escobar, 2018, p. 157), pero que, de manera paralela, entroniza “la idea de la cultura como un espacio neutro al cual el especialista se acerca para describir positivamente las producciones culturales, fuera de cualquier análisis crítico, estético e ideológico” (2018, p. 157).

Cuatro décadas después, el balance de Pozuelo Yvancos (2023) no podría ser más diciente:

Si un sociólogo o un psicólogo puede encontrar lo mismo o incluso más (si se trata solo de una lectura sociológica o psicológica) que un teórico literario, cualquiera puede enseñar teoría, y así viene ocurriendo en muchas universidades norteamericanas que cubren sus puestos desde la presunción de que [el] Estudio Cultural no implica un abordaje con especificidad filológica o especialización en el estilo o el lenguaje de las obras y su composición [...] Apelando al concepto de lector modelo de Umberto Eco, podríamos decir que hemos ido reduciendo progresivamente la exigencia de un intérprete modelo para las obras, que sería aquel capaz de descifrar los códigos en que se han cifrado históricamente. Si reducimos la exigencia del lector modelo, lo más importante de las obras quedará sin descifrar o quizás terminen arrojadas al saco de una exemplificación donde convivan las creativas y las topíqueras o banales, sin que nos importe demasiado su distinción (2023, pp. 13-14).

Cada vez más presente en la academia latinoamericana actual en la forma de tesis, artículos, libros, proyectos de investigación-creación, números monográficos de revistas, congresos, coloquios y discusiones al interior del aula, una de estas maneras políticamente reivindicativas de acercarse a la literatura, aunque no con aires de sociólogo o antropólogo, sino más bien de ambientalista o ecólogo, es el de la “ecocrítica”.

Con base en lo anterior, este artículo se pregunta con perspectiva metacrítica por su lugar en los estudios literarios y, más en concreto, por los efectos de su aplicación al estudio de la literatura latinoamericana. Dos son los momentos que lo vertebran. En primer lugar, el artículo analiza los contextos de surgimiento y circulación de la ecocrítica en los circuitos académicos angloamericanos de los años noventa, ello en el marco del viraje neohistoricista (también conocido con el nombre de “poéticas de la cultura”) formulado en universidades californianas por críticos como Stephen Greenblatt,

Catherine Gallagher, Giles Gunn, Louis Montrose, Jerome McGann, entre otros, así como en el de la tercera ola de los estudios culturales. En un segundo momento, el artículo posa su mirada en las supuestas nuevas “epistemes” a partir de las cuales se ha construido la ecocrítica latinoamericana, tanto en la región como fuera de ella.

Estos dos momentos se trenzan para, por un lado, sostener que, en el contexto actual de los estudios literarios, la ecocrítica latinoamericana puede, debe y tiene que asumirse como un proyecto de colonización académica que obedece a las lógicas antiestéticas, anticientíficas y mercantilizantes de los paradigmas culturalistas de la crítica literaria actual; y, por otro, para señalar que esta reproduce una idea de periferia respecto a América Latina que no solo menoscopia la autonomía de la obra literaria, sino que neutraliza el ejercicio de la crítica latinoamericana y el compromiso político e histórico que se deriva de esta.

Geopolíticas y geopoéticas del saber literario, 1945-1980

Tras la Segunda Guerra Mundial, la política exterior estadounidense, convencida ahora sí de que la nación se perfilaba como la mayor potencia militar y económica del mundo, vio en el ingente aparato educativo un eje vectorial clave para la transmisión de las premisas, valores e imaginarios sobre los que esta última se había erigido siglo y medio atrás. Es así como, anclados a una matriz ideológica concreta -la del “Destino manifiesto” y su siamés, el *American Exceptionalism*- , los llamados American Studies, cuyos orígenes se remontan a la década de los treinta, tácticamente replantearon sus contenidos curriculares buscando hacerle frente a los retos que el nuevo paisaje geopolítico y cultural de la posguerra traía consigo.

En lo concerniente a los estudios literarios, uno de estos cambios -respaldado de manera tangencial por la CIA por medio de la revista de teoría y crítica de John Crowe Ransom, el *Kenyon Review* (Stonor, 2000, pp. 238-242)- fue sin duda alguna el afianzamiento, durante los años cincuenta, del *New Criticism* que, fiel a su sustrato formalista,

insertaba al texto literario en una esfera que neutralizaba cualquier reflexión en torno a la función social de la literatura y sus vínculos con la historia. Pero, incluso con esa orientación inmanentista a cuestas, como señala Mark Walhout (1987) en el contexto de lo que él mismo llama “las poéticas de la Guerra Fría”, la terminología con la que críticos como René Wellek, Robert Penn Warren y el ya mencionado Ransom describieron la naturaleza de lo literario (vía vocablos como “ambigüedad”, “ironía” y “paradoja”), tenía en sí misma una función extraestética que, de manera interdiscursiva, la insertaba en predios culturales, teológicos y políticos (1987, p. 864). Es por ello por lo que, a ojos de Walhout, dicha jerga crítica tuvo en su momento una doble operatividad referencial: la primera, más inmediata, deliberada, que se inscribía con coherencia en el discurso de la estética o la crítica literaria formalista, y la segunda, más interdiscursiva, que obedecía al momento histórico por el que atravesaba el país (p. 865).¹

Para cuando el muro de Berlín cae, los cismas metacríticos que se venían manifestando desde finales de los setenta adquieren una clara institucionalización académica en el llamado neohistoricismo, cuyo origen se remonta a la publicación, en 1980, del libro de Stephen Greenblatt, *Renaissance Self-Fashioning. From More to Shakespeare*, así como a la creación, en 1983, de su principal órgano difusor, fundada por el mismo Greenblatt -la revista académica *Representations*- y de la que formó parte también, en calidad de coeditora, Svetlana Alpers. Otro de sus puntos nucleares podría ser también la publicación, una década más tarde, del libro/manual, editado por el mismo Greenblatt, y acompañado esta vez por Giles Gunn, *Redrawing the Boundaries. The Transformation of English and American Literary*

¹ En el marco de esta segunda referencia, Walhout examina, por ejemplo, algunos ensayos de Lionel Trilling, Reinhold Niebuhr y Henry Kissinger, publicados durante los cincuenta, para señalar que en todos ellos la respuesta a la crisis de la democracia liberal estadounidense debía buscarse en la supuesta incapacidad del país para darle lectura a las ambigüedades históricas de ese momento concreto de la historia en Occidente (1987, pp. 865-867). Ello quizás explique por qué, al interior de ese proyecto político, financiero y culturalmente mononeuronal de lo que Bolívar Echeverría (2008) ha denominado “la americanización de la modernidad” (pp. 17-49), metáforas como las de la inocencia, el Adán o el sueño americanos, aunque en cierta medida conservadas y explotadas en el plano de lo simbólico y lo discursivo, comenzaron a ser objeto de revisión y reflexión al interior de los centros universitarios (Williams, 2006, p. 25).

Studies, el cual justifica su aparición y relevancia en virtud de que el currículo humanista de los programas de literatura, dado el proceso a través del cual había sido creado y los sectores de la sociedad a los que supuestamente servía, pareciera no ser ya tan representativo de la diversidad étnica, racial, social, cultural, sexual y religiosa que se observaba ahora en los campus universitarios del país (Greenblatt & Gunn, 1992, p. 3).

Que la hiperproducción, con su respectivo hiperconsumo, de nuevos bienes y servicios académicos con sello neohistoricista logró permear con fuerza los fundamentos de los llamados English and American Literary Studies, es algo que puede corroborarse con facilidad no solo en el primer sintagma del título del libro (*Redrawing the Boundaries*), sino en el campo semántico a partir del cual los editores discurren sobre estos cismas. Escriben Greenblatt y Gunn:

We are fast becoming a profession of specialties and subspecialties whose rapid formation and reformation prevent many members of the profession [...] from keeping abreast of significant developments even in their own areas of expertise [...] What confronts us at the present time in English and American literary studies is not a unified field at all but diverse historical projects and critical idioms that are not organized around a single center but originate from a variety of sources, some of which lie outside the realm of literary study altogether and intersect one another often at strange angles (pp. 2-3).

Según este diagnóstico, a partir de ahora sería entonces improcedente hablar de un campo unificado de saber en torno a los llamados English and American Literary Studies, pues lo que comienza a observarse es más bien la veloz atomización, con aires académicamente posfordistas, de “historical projects”, modismos críticos y aproximaciones al estudio de la literatura marcados de manera transversal por una óptica redentora o de resistencia con tintes sociologistas y culturalistas. O, si se quiere, por unas coordenadas que, justo por provenir de lugares exóticos con respecto a los estudios literarios, y por intersectarse las unas con las otras “often at strange angles”, terminan esquivando -muy en sintonía con la postura de los estudios culturales posmodernos- la pregunta por un método y una reflexión metateórica o crítica (Reynoso, 2000, p. 77). Pregunta que, a su vez, torna relevante e inoficiosa otra pregunta, la del canon, ya

que de lo que se trata ahora es de conformar un "corpus semiótico" (Mignolo, 1991) para, de paso, neutralizar cualquier tipo de discusión de índole estética que pueda surgir.

Además de fungir como diagnóstico, todos estos elementos hacen también las veces de dictamen (eventualmente exportable - uno entre muchos) con respecto a lo que debería ser ahora la práctica literaria, su estudio y enseñanza: una suerte de reductivismo -ese que, si se nos permite el juego cacofónico, reduce el texto a un pretexto para hablar de todo menos del texto- y que Nicolás Garayalde (2023) denuncia en el marco de la enseñanza de la literatura:

La celebrada expansión de lo literario y sus métodos al campo todo de la teoría no es sino el señuelo de una nueva operación de la cultura del comentario, que valorando con grandilocuencia la literatura y su poder crítico no hace más que servirse de ella para reproducir un saber ya sabido (p. 236).

Estos planteamientos -que en el contexto del capitalismo tardío convierten a la cultura en un producto más del mercado (Jameson, 1991, p. ix), y que por esa misma razón conducen a que esta “dej[e] de ser vista como un espacio de lucha por el control de los significados para ser considerada como “objeto” de estudio, casi de una forma positivista” (Castro-Gómez, 2000, p. 741)-, fueron el blanco de ataque de aquellos que, impávidos y con algo de sana soberbia y nerviosismo, veían cómo este naciente paradigma, echando mano de un “*more or less established set of procedures*” (Greenblatt & Dunn, 1992, p. 8), arrebataba de forma acrítica, irrespetuosa y acomodada muchas de las prácticas y varios de los métodos provenientes de la antropología, la historia, la sociología y los estudios literarios (Williams, 2003).

A primera vista, pero solo a primera vista, podría decirse que el neohistoric和平 surge, pues, como respuesta al declarado inmanentismo textualista instaurado por el formalismo ruso, el ya mencionado *New criticism* estadounidense, el estructuralismo checo y francés, la estilística, la semiótica, el deconstrucciónismo de la escuela de Yale, entre otros, para después acercarse a la cultura en términos de textualidades; de apertura (inter)textual y vínculos con el “afuera”; de rechazo -vía la desestabilización del canon- de normas

estéticas universales. Y, por último, de reconstrucción de epistemes de períodos concretos de la historia, en espera de que estos elementos, de manera conjunta, permitan dar cuenta de las maneras en que estas textualidades reflejan, reciclan o subvierten las dinámicas de poder (Greenblatt & Gallagher, 2000).

No obstante, si se le mira con detalle, como bien lo ha sugerido Fredric Jameson (1991), su aparente trascendentalismo no es otra cosa que un camuflado inmanentismo construido sobre la base de una serie de maniobras o montajes post-teóricos, homologantes o aplanadores que

retain the discursive conquest of a range of heterogeneous materials while quietly abandoning the theoretical component that once justified that enlargement, omitting the transcendental interpretations that had once seemed to be the very aim and purpose of homologies in the first place (1991, p. 187).

El debate, sintomático de las tensiones, transiciones y dinámicas socioeconómicas del momento histórico en el que se incubó, ha mostrado tener argumentos en ambas orillas. Por ejemplo, José Carlos Redondo (2023) considera que fueron justamente los estudios culturales, con sus respectivos cimientos neohistoricistas, los que les brindaron una “cura de humildad” a los estudios literarios en el sentido de que su laxitud metodológica había “socavado el principio de depositario absoluto del conocimiento literario” (p. 79). Una postura un tanto similar adopta Beatriz Sarlo a finales de los noventa, porque para la crítica argentina los estudios culturales tenían una legitimidad obvia en virtud de su capacidad para comprender cómo la cultura de masas había desplazado la centralidad material y simbólica de la literatura y la crítica literaria (1997, p. 35). Una comprensión por lo demás necesaria, según ella, al momento de reinserir la pregunta por “lo literario” en los debates y discursos. De ahí que, al menos en aquel momento, para ella no fuera necesario polemizar de una manera encarnizada con una tendencia que bien que mal podría pensarse como “el villano en una historia de decadencia inventada por la derecha rabiosamente antirrelativista y anticulturalista” (1997, p. 35).

En una orilla contraria, lejos del tono conciliatorio de Redondo y Sarlo, se sitúa Dominick LaCapra quien, en varios libros tuyos de

los años ochenta, pero en especial en *Soundings in Critical Theory*, examina, entre muchas otras cosas, la pulsión contextualizante que ya habían comenzado a adoptar las humanidades frente a sus objetos de estudio, para finalmente concluir que dicha saturación contextual podría “*furnish an illusory explanatory effect through an uncritical amalgamation of conventional accounts of contexts and equally conventional or at least extremely reductive readings of texts*” (LaCapra, 1989, p. 203).

No hay que hurgar mucho en las advertencias de LaCapra para concluir que esa pulsión contextualizante desemboca en la configuración reduccionista de un vórtice de textualidades en el que la obra literaria pasa a convertirse, de manera accesoria, en un “texto cultural” más cuya justificación debe buscarse siempre en el polo de lo político, lo sociologista o culturalista y no de lo estético. En efecto, esta profusión de lecturas marcadamente ideologizadas lleva a que Grínor Rojo (1997), como parte de un cúmulo de voces latinoamericanas mucho más amplio (que también incluye a figuras como Antonio Cornejo Polar, Roberto Fernández Retamar, entre otros), se lamente del destierro que al interior de los estudios literarios comenzaron a sufrir “[...] los criterios que en el pasado nos sirvieron para atribuirle a los textos una dignidad estética que fuese un poco más allá de su clasificación como simples artefactos de lenguaje” (p. 5), lo que llevó, entonces, a que no hubiese “ni ciencia de la literatura ni estética literaria” (p. 7).

Contrario a lo visto en los años cincuenta, la traslación que aquí se observa, la ironía que le subyace, resulta entonces bastante llamativa porque, si según Walhout la poética formalista del *New Criticism* adquiere una suerte de trascendencia inmanente que le permite instalarse con algo de éxito en la esfera pública de la segunda posguerra, a partir de los ochenta tanto el aperturismo en clave semiótica como la supraideologización emancipadora que sanciona el neohistoric peace, conducen, como lo ha observado con lucidez Eduardo Subirats (2008), “al secuestro de la intencionalidad intelectual, la domesticación y neutralización del compromiso histórico y político de la crítica y la volatilización de la voluntad

práctica de transformación real indisolublemente ligada a toda obra literaria y artística (p. 86).

La ecocrítica: naturaleza *made in USA*

“[...] la naturaleza, en su manifestación, quiere silencio”
Adorno, *Teoría estética*

Hubo también un tercer frente que, pese a ver con buenos ojos la propuesta de Greenblatt y C.^{fa} -aunque sin desconocer los aportes en décadas anteriores del libro de 1972, *The Comedy of Survivals. Studies in Literary Ecology*, de Joseph W. Meeker, y del ensayo, con fecha de 1978, “*Literature and Ecology. An Experiment in Ecocriticism*” de William Rueckert (quizá el primero en emplear el término “ecocrítica”),-, no escatima en denunciar lagunas en los modismos críticos o en las presiones sociales contemporáneas señaladas por Greenblatt y Dunn. Es el caso de los que, habiendo sancionado la fundación en 1992 de ASLE (*The Association of the Study of Literature and Environment*) así como la creación, al año siguiente, de la revista especializada ISLE (*Interdisciplinary Studies in Literature and Environment*), manifestaron su descontento frente al hecho de que la crisis ecológico-ambiental hubiera sido excluida de los marcos de ese nuevo paisaje en el que los estudios literarios se encontraban ahora insertos (Glotfelty, 1996, p. xvi).

Pero ¿cómo definir entonces a la ecocrítica? La definición más difundida, pero también la más ambigua, la proporciona Cheryl Glotfelty (1996): la ecocrítica es el estudio de la relación entre literatura y medioambiente (p. xviii). Scott Slovic (2000), por su parte, la define como el “*study of explicit environmental texts by way of any scholarly approach or, conversely, the scrutiny of ecological implications and human–nature relationships in any literary text, even texts that seem, at first glance, oblivious of the nonhuman world*” (p. 160). Sea cual sea el caso, varias han sido las etapas evolutivas del campo, a tal punto que hoy ya resulta posible hablar de una serie de olas (*waves*):

- La primera, con un enfoque nacional en el que sobresalen los géneros de la poesía natural (*nature poetry*) y el *nature writing*, tal y como se manifiestan en las tradiciones literarias del romanticismo angloamericano, y que en términos teóricos articula, por un lado, aproximaciones fenomenológicas de corte posheideggeriano (lo que el filósofo noruego Arne Naess denomina “ecología profunda” (*deep ecology*), y por otro, discursos provenientes de la ecología, la biología ambiental y la geología.

- La segunda, que, en sintonía con su agenda activista de cuño interseccional, se desmarca de las limitaciones genológicas, estéticas, geográficas e históricas de la primera para, de este modo, acercarse a los discursos de salud pública y justicia ambiental. De ahí su interés en reflexionar sobre los efectos ecológicos y medioambientales que tanto la urbanización como la industrialización traen consigo, pero también en la manera en que dichos efectos se vinculan a asuntos de raza, clase, género e identidad.

- Y la tercera, todavía en estado embrionario, pero no por eso menos trazable, que recoge inquietudes de la segunda para luego proponer abordajes con perspectiva diferenciada, cosmopolita, poscolonial y transnacional a partir de variables como “lo étnico” y “lo nacional” (Buell, 2011).

Dicha evolución ha llevado a que críticos como Greg Garrard (2004) hablen de “posturas” (*positions*) para referirse a los núcleos temáticos que sirven de base conceptual para sus distintas aplicabilidades, como es el caso de la cornucopia, el ambientalismo, la ecología profunda, el ecofeminismo, la ecología social y el ecomarxismo, y la ecofilosofía heideggeriana (pp. 16-31). Salvo la primera, que se sitúa más en la orilla de un optimismo ecoplanetario bastante cuestionado por la izquierda (de ahí la imagen barroca, exuberante, rica e inacabable que la describe), las demás claramente se acoplan al activismo intelectual y ecopolítico. El mismo que, parafraseando los juicios de Eduardo Subirats (2014), será acogido por los “subalternistas”, en este caso de la naturaleza y el medioambiente, los cuales “simula[n] abrir un espacio intelectual reflexivo para las teorías críticas europeas y americanas de la posguerra en los campus

universitarios” (p. 48), al tiempo que “volatiliza[n] a sus microsujetos [en este caso no humanos] en sistemas semióticamente vigilados” (p. 80), es decir, en discurso, para de esa forma convertir “su emancipación en confesión académica y su propio papel posintelectual en profesión de ventrílocuos de una redención posfilosófica *sui generis*” (p. 81).

No sorprende entonces que, por lo menos en ese momento, las primeras críticas a esa manera de estudiar las imágenes naturales y paisajísticas en la naturaleza hayan sido las de aquellos que, como representantes de esa primera ola, se negaban a abandonar los pocos diálogos que aún podían establecerse con los estudios literarios y, en esa misma vía, a menoscabar las preguntas por el valor estético de las obras. Tal es el caso del británico Jonathan Bate (1991) y el estadounidense Lawrence Buell (1995) quienes, no por nada, en sus dos principales trabajos examinan, con perspectiva estético-ambiental y fenomenológica -con todo lo que el primer adjetivo implica-, la obra de dos de las voces más canonizadas en sus respectivas historias nacionales literarias: nos referimos a *Romantic Ecology. Wordsworth and the Environmental Tradition* (1991) y a *The Environmental Imagination. Thoreau, Nature Writing, and the Formation of American Culture* (1995). Sin desconocer que estos enfoques logran cerrar un tanto más la brecha entre “mundo” y “texto”, en su libro, por ejemplo, Buell (1995) se muestra bastante nostálgico frente al hecho de que la literatura, en manos de esos modos foucaultianos de operar, se diluya cada vez más en un entramado de agendas políticas con las que, de paso, se la neutraliza estéticamente y cognoscitivamente (p. 86).

Visto desde las estribaciones de las ciencias literarias, este recorrido metacrítico provee suficientes elementos de juicio para concluir que las aproximaciones ecocríticas erosionan de manera muy vulgar el basamento científico de las primeras. Pero ¿en qué consiste esta erosión? ¿Dónde se da? Hace casi cien años, en su libro de 1928 *El método formal en los estudios literarios. Introducción crítica a una poética sociológica*, Pavel Medvédev y Mijaíl Bajtín (2009) llamaban la atención sobre la necesidad de reflexionar científicamente sobre el lugar y papel de la literatura “en la totalidad del medio ideológico” (p. 219), ello en virtud de que esta “sólo refleja ideologías en formación, [...] el proceso vivo de formación del horizonte ideológico” (Medvédev y Bajtín, 2009, p. 221).

La metáfora del horizonte no es fortuita: posibilidad, no clausura; proceso, no acabado; matices y gradaciones, no oscuridades. Todo lo contrario a lo que al parecer supone el enfoque ecocrítico, esto es, que la literatura, reducida ahora a textualidad, y por eso mismo despojada de su autonomía, refleja solamente cierres ideológicos y totalizaciones, muchos de los cuales son resultado del efecto explicativo ilusorio sobre el que páginas atrás advertía LaCapra, pero que, dada su inserción, casi siempre forzada, en la esfera de la proclividad a la redención o reivindicación, no obstante satisfacen con éxito la agenda ecopolítica de la ecocrítica.

Un lector atento podrá haber inferido ya que estamos ante un eterno y absurdo círculo de validaciones autocomplacientes en las que el objeto de estudio se construye de manera tal que justifique la relevancia del enfoque, desactivando así la capacidad de la literatura para crear “nuevos signos de contacto” (Medvédev y Bajtín, 2009, p. 221). Signos que, a fin de cuentas, son los que ayudan a que la realidad de las obras literarias “no se reduzca solo al papel técnico-auxiliar de reflejar otros ideologemas [ya que] ellas tienen su papel ideológico independiente y su propio tipo de refracción del ser socioeconómico” (2009, p. 221), que es lo que, en efecto, termina siempre ocurriendo con este tipo de lecturas.

De todo lo anterior se colige, entonces, que la ecocrítica es incapaz de producir debates teóricos metadisciplinares que la dinamicen (Gifford, 2008). Pero, a pesar de esta incapacidad, o quizás por ello mismo, es que en los últimos diez, quince años, el campo ha adoptado una trayectoria que, de manera previsible e intelectualmente facilista, ha sido catalogada como “rizomática” (Oppermann, 2010, p. 18). Esto ha dado cabida a “nuevos”, múltiples y diversos modos *ecofriendly* -a lo que Reynoso (2000), con relación a los estudios culturales, denomina “la obesidad del factor temático” (p. 28)- de acercarse con espíritu salvador, vía la literatura, la pintura o el arte performativo, a los diferentes elementos constitutivos del mundo natural o no humano, sabiendo de antemano lo que se quiere extraer del proceso de lectura y posterior interpretación.

Frente a un panorama como este, se hace difícil no hablar, como lo decíamos antes, de una hiperproducción de etiquetas y subcampos,

la misma que Subirats (2008) supone peligrosa e intelectualmente deshonesta en el contexto de la vida académica actual, pero también de los retos que enfrentamos como humanidad. Porque, no contentos con evitar, de manera muy conveniente y perniciosa, la pregunta por los efectos de la razón instrumental, estos nuevos modos de leer han eliminado las tradiciones críticas del siglo XX imponiendo, de paso, “un formalismo semiótico en cuyas redes intertextuales se diluye programadamente cualquier reflexión histórica y social, y cualquier referencia a la realidad ecológica, social y política global [...]” (p. 77).

Más de dos décadas han pasado desde que Niall Binns (2001), fuera de preguntarse si la ecocrítica era acaso una moda más en las aulas, señalaba el estado cuasivirginal de dicho campo de investigación en el contexto latinoamericano (p. 9). Respaldada por una fuerte industria editorial que sin duda alguna “establece un régimen de competencia entre países, instituciones y actores” (Naidorf y Perrotta, 2017, p. 43), la presencia de la ecocrítica en nuestras universidades es tan innegable como repetitiva en sus conclusiones. Pero ¿qué retos, desafíos o peligros presenta esta para la historia, teoría y crítica literaria de la región y sus literaturas? ¿En qué se diferencia de su génesis angloamericana?

La ecocrítica en América Latina: ¿una nueva episteme?

“¡Aquí la naturaleza es el destino!”
Ciro Alegría, *La serpiente de oro*

La naturaleza ha sido uno de los pilares centrales en las reflexiones sobre la condición americana. Baste mencionar el carácter utópico que presagiaron los cronistas de Indias. Esta inquietud, sin embargo, ha conducido a la construcción de un binomio, en apariencia indiscernible (América / naturaleza), responsable de soportar de un modo ideológico ciertas visiones exotistas y prácticas extractivistas, no solo en el plano material, sino en términos simbólicos,

culturales e intelectuales. Lejos de asumir con pasividad ese destino supuestamente ineludible, la literatura latinoamericana ha gestado perspectivas diferenciadas respecto a la naturaleza y sus diferentes correlatos, entre ellos el paisaje.

No son pocos los ejemplos que podrían mencionarse al respecto. Uno de los más paradigmáticos es “Alocución a la poesía” (1823) de Andrés Bello que, pese al ardor reivindicativo que le caracteriza, como bien lo señala Gutiérrez Girardot (1989), replica dicho binomio para presentar una naturaleza virginal e idílica como contrapunto de la idea de naturaleza perversa que se le atribuyó al Nuevo Mundo desde las metrópolis europeas. Así mismo, las mal llamadas ficciones fundacionales, como *María* (1867) de Jorge Isaacs o *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos, ofrecen desde la narrativa modos de representar el paisaje estrechamente signados por los proyectos de consolidación de las identidades nacionales.

En este horizonte, surge la pregunta por cómo la crítica latinoamericana ha encarado esta relación entre literatura y naturaleza, más concretamente a la luz de lo hecho por la ecocrítica. Según Gisela Heffes (2013), es importante preguntarse hasta qué punto este enfoque -que como vimos, tiene sus raíces en la crítica literaria y cultural anglofona-, puede o ha sido asimilada por la crítica y la teoría literaria latinoamericanas. En otras palabras, la crítica argentina se pregunta si se ha pensado o es posible pensar en un aparato teórico y conceptual, con una metodología definida, para leer los fenómenos ambientales propios de América Latina y el Caribe.

Varias investigaciones coinciden en que los aportes intelectuales de América Latina a la ecocrítica están aún en proceso de edificación (Marcone, 1998; Heffes, 2013; Araya Grandón, 2017; Balarezo, 2022) pues, en gran parte, han permanecido en una “posicionalidad periférica” (Barbas-Rhoden, 2014, p.81) pese a las innumerables contribuciones que la crítica latinoamericana puede y debería aportar al panorama ecocriticó transnacional y global.

Marcone (1998), por ejemplo, asegura que los problemas ecológicos de la llamada novela de la selva hispanoamericana, en particular los de la Amazonía, “no ha[n] propiciado conversaciones sobre estos problemas ni ha incitado a la crítica a considerarla

a la luz de los ecologismos contemporáneos” (p. 299). Por ello, a partir del análisis de *La serpiente de oro* (1935) de Ciro Alegría, se propone llevar a cabo una lectura en clave ecocrítica sobre la visión hegemónica que primaba en la época alrededor de la naturaleza y que concebía al Amazonas como un espacio salvaje y hostil que debía ser conquistado y explotado. En este sentido, sostiene Marcone (1998), Alegría posee una visión alternativa que resalta la armonía entre el ser humano y el entorno natural y denuncia las consecuencias nefastas de la intervención desmedida del hombre en la selva; todo ello, expresa el investigador, sin desconocer que la novela posee también algunas limitaciones y contradicciones de la época (por ejemplo, con respecto a los pueblos indígenas), pero que es justo allí donde se encuentra también lo más interesante de este tipo de producciones literarias, pues en esos “retornos a lo natural”, que inevitablemente perpetúan la oposición entre naturaleza y cultura, es cuando ocurre este reencuentro con lo natural.

Si bien su trabajo lleva a cabo un detallado análisis de la novela y logra identificar algunos elementos simbólicos y descripciones que revelan la compleja relación entre la naturaleza y el ser humano a través de los personajes, su reflexión se explaya en especial en la manera en que la novela puede aportar al diálogo sobre el panorama de la ecocrítica y a esas formas de resistencia, presentes en este tipo de novela, frente a las visiones civilizadoras y estereotipadas de la Amazonía. En este sentido, en el análisis de Marcone, tal como ocurre con otros estudios ecocríticos, la obra literaria se restringe a una mera textualidad cuya interpretación se restringe a un ejercicio sociológico.

Araya (2017), de modo semejante a Marcone (1998), expresa que en la región, pese al carácter interdisciplinario de los estudios literarios contemporáneos, no se ha llevado a cabo un análisis que resulte pertinente. Por ello, consagra su tarea a un genérico análisis de algunas obras disímiles como *El hablador* (1987) de Mario Vargas Llosa; *Zurzulita* (1920) de Mariano Latorre; los *Ecopoemas* (1982) de Nicanor Parra; “Oda a la erosión de la Provincia de Malleco” (1956) de Pablo Neruda, y el *Canto cósmico* (1989) de Ernesto Cardenal. Para Balarezo (2022), este trabajo de Araya -que bien podría inscribirse en la tercera ola de la ecocrítica-, al recurrir a los postulados del

posestructuralismo, el deconstructivismo, el poscolonialismo y la sociología ambiental, cobra pertinencia porque procura abrir “el camino de una ecocrítica hispana” (2022, p. 121) para, de esta manera, comprender la representación social de la naturaleza presente en las obras en mención y develar que nuestra literatura continental es un sistema dinámico “sujeto a las transformaciones del medio ambiente desde donde escriben sus literatos, y en cuyos escritos el etnocidio y la deforestación son los principales problemas ecológicos que captan los escritores” (p. 121).

Luego de asegurar que la ecocrítica en América Latina se encuentra todavía en un proceso de construcción, pese a que en la literatura del continente las preocupaciones ambientales han estado presentes desde siempre, la misma Balarezo (2022) lleva a cabo una suerte de estado del arte en el que concluye que la ecología viene promoviendo en los últimos años una nueva manera de observar la historia del paisaje, así como nuevas maneras éticas de aproximarse a la naturaleza. Luego de presentar de forma sucinta análisis como los de Heffes (2013), Araya (2017), French (2005), Campos-F.-Fígaro y García-Rivera (2017), entre otros, Balarezo observa que existe una amplia y disímil gama de marcos teóricos y metodológicos para abordar las ideas del medioambiente contenidas en la narrativa literaria, pero señala que estos se encuentran diseminados de manera predominante en los países anglosajones y, en menor medida, en lo que denomina los estudios ecocríticos ecuatorianos, en especial en temas acerca de la relación del hombre y la naturaleza en la literatura juvenil, la relación entre el sistema de clases, el colonialismo y la explotación de los recursos en el continente, y otras categorías como ruralidad y periferia.

Por su parte, Mauricio Ostria (2010a), retomando las palabras de Octavio Paz, asegura que la conciencia ecológica es el signo más distintivo de nuestros tiempos y de nuestro continente, pues “la exclusión social y económica y sus consecuencias siguen siendo, desde la Conquista, norma corriente en América latina, así como la apropiación oligopólica de los recursos naturales y la depredación ambiental al servicio de la economía de rapiña” (p. 99). En este panorama, asegura, la literatura no ha sido ajena a los problemas ambientales y, por el contrario, podemos

encontrar innumerables aproximaciones a las preocupaciones ecológicas en diversos ensayos, narraciones, poemas y aun en diferentes textos de índole teórico-crítica.

El mismo Ostría (2010a, 2010b) señala rápidamente las contribuciones que escritores como José María Arguedas, Eduardo Galeano, Ernesto Sábato y el ya mencionado Octavio Paz han hecho alrededor de las preocupaciones por el deterioro medioambiental, de manera cercana a la crítica social y política. A su vez, reconoce el significativo aporte de narradores como Juan Rulfo, Miguel Ángel Asturias, Mario de Andrade, Gabriel García Márquez, Augusto Roa Bastos y Mario Vargas Llosa, y de poetas como Gabriela Mistral, Pablo de Rokha, César Vallejo, Pablo Neruda, Jorge Teillier, Nicanor Parra, Ernesto Cardenal, Pablo Antonio Cuadra, José Emilio Pacheco, Raúl Zurita y Homero Aridjis, entre otros. Ahora bien, a pesar de que sanciona los innumerables aportes de la literatura latinoamericana a las preocupaciones ecológicas, señalando incluso que estos preceden las preocupaciones y los movimientos ecologistas contemporáneos, sus artículos se limitan a enunciar de manera breve que la perspectiva ecocrítica en el continente puede emprender un análisis sobre diversos ejes semánticos, y no solo temáticos, que organizan los textos. No obstante, su tarea se limita a señalarlo y a indicar la posibilidad ulterior de estudiar, por ejemplo, asuntos como la tierra y sus diferentes representaciones; la figura ominosa de la naturaleza y la destrucción de lo humano; la naturaleza como objeto de contemplación y proyección de la subjetividad; las relaciones de la naturaleza con la identidad cultural; problemáticas como las migraciones, el exilio y las fronteras, entre otros.

Hasta ahora, es evidente que, pese a que se enuncian algunas líneas de análisis que podrían empezar a trazar ciertas particularidades o preguntas propias de la ecocrítica en el continente latinoamericano, los criterios de selección que se hacen de las obras y autores son bastante ambiguos y parecieran limitarse a verificar o a corroborar de manera exclusiva que las obras literarias seleccionadas sean depositarias de inquietudes sociologistas o que abanderen denuncias por el deterioro ambiental y el extractivismo ecológico. En consecuencia, valdría preguntarse qué ocurre con el componente literario y estético de las

obras: ¿en qué términos aportan a la literatura y a su relación con el medioambiente? ¿Cuáles son los criterios para elegir este corpus de autores? ¿Son valiosos simplemente por hablar sobre la naturaleza en el contexto de la crisis climática y las reivindicaciones promulgadas por el culturalismo y el neohistoricismo angloamericanos?

O, a su vez, ¿en qué mecanismos literarios particulares reside su valor? ¿Existe todavía algún resquicio de la autonomía literaria, o las discusiones deben limitarse exclusivamente a debates ideologizados que promuevan agendas políticas de tinte ecologista? En otras palabras, valdría la pena preguntarse si el valor literario de este corpus de autores y de obras traídas a colación hasta ahora, como señala por ejemplo Ostria hablando de los ecopoemas de Nicanor Parra, se limita solo al hecho de que los poetas funjan como profetas de la tribu que vaticinan el desastre y se posicionan como defensores de la tierra y del ser humano. O si acaso recursos poetológicos o narrativos como la heterogeneidad discursiva, la parodia y la ironía, el chiste, el empleo del argot popular, entre otros, tributan a la reflexión ecológica.

Por otra parte, Laura Barbas-Rhoden (2014) considera necesario tender un “puente” entre las voces de filósofos y críticos culturales latinoamericanos con el panorama global y planetario (¿occidental?), toda vez que estos han permanecido, de cierto modo, en nichos demasiado locales que todavía no logran aportar a la necesaria discusión interplanetaria característica de la última ola de la ecocrítica. Esa, según la autora, es la medida para pensar en una perspectiva transnacional y global. En particular, la importancia del diálogo global con los estudios latinoamericanos estriba en que sus discursos entrañan una conciencia explícita de las implicaciones de participar en la Modernidad, por lo menos desde tiempos de la Conquista -o lo que Edmundo O’Gorman (1995) llama “la invención de América” y Tzvetan Todorov (2007) “el problema del otro”, pues desde ese momento es cuando comienza este contacto entre europeos y americanos que llevó a una serie de saberes, disciplinas, imaginarios y filosofías que rigen -incluso hasta ahora- las diferentes esferas del mundo que habitamos.

Es este escenario transnacional el lugar donde la ecocrítica de las metrópolis coloniales y neocoloniales puede reconfigurarse y apostar por un desenvolvimiento intelectual “más honesto e inclusivo” (Barbas-Rhoden, 2014, p. 81). Si bien esta autora reconoce que la ecocrítica angloamericana abarca dos grandes vertientes, esto es, la que se ha dedicado a los estudios literarios y a la denominada *nature writing*, y otra de tintes poscoloniales -que se desprende de la impronta neohistoricista y culturalista-, su análisis de las posibles contribuciones de la filosofía y la crítica cultural latinoamericana a la ecocrítica transnacional descuida, una vez más, el análisis literario y se enfoca en las contribuciones de filósofos y ambientalistas como Enrique Dussel, Leonardo Boff y Enrique Leff, por lo demás, mayormente preocupados por denunciar las estructuras de poder de la época contemporánea.

Al igual que los autores ya mencionados, en su libro *Políticas de la destrucción/Poéticas de la conservación. Apuntes para una lectura (eco)crítica del medioambiente en América Latina*, Gisela Heffes (2013) considera que la ecocrítica latinoamericana se encuentra “en cierta medida ausente” (p. 43), tanto en la academia anglosajona como en los estudios provenientes de América Latina. A lo sumo, señala ella, existen algunos artículos, ensayos y dossiers dispersos de los últimos años que, si bien representan una contribución a nuestro panorama continental (e incluye un extenso estado del arte sobre investigadores como Jorge Marcone, Roberto Forns-Broggi, Niall Binns, Illeana Rodríguez, Jennifer French, Laura Barbas-Rhoden, entre otros), estos no se han aglutinado en categorías o grupos temáticos y formales definidos, y su difusión se limita a pequeños cenáculos especializados en el tema.

Así mismo, Heffes expresa que las lecturas que se han hecho sobre las preocupaciones medioambientales en el continente, como las presentes en algunos volúmenes de las revistas *Hispanic Review* e *Ixquic*, por ejemplo, tienen de cuestionable el que simplemente hayan intentado extrapolar el ecléctico y rizomático aparataje de la ecocrítica angloamericana a la diversa genealogía literaria latinoamericana. Esto, a pesar de que incluso se han acuñado términos como “literatura ecologista” (Paredes y McLean, 2000, p. 7) en un intento de desmarcarse de la tradición crítica que les precede y con el objetivo de esbozar un análisis basado en obras literarias,

algunas provenientes de tradiciones indígenas y afroamericanas, para reexaminar la relación de nuestra especie con el entorno natural. En este sentido, Heffes (2013) se pregunta:

¿Cómo utilizar estas herramientas de indagación cultural en una tradición tan extensa y rica como lo es la latinoamericana, qué rasgos específicos aparecen en ella, y hasta qué punto la utilización de esta disciplina teórica es pertinente para una reflexión y análisis profundos de un corpus variado y disímil como es el que emerge de nuestra historia cultural y literaria? Más aún, ¿cómo es que estas representaciones latinoamericanas redefinen y reconfiguran aquellos conceptos formulados, originalmente, por la ecocrítica, apostando y proponiendo nuevas formas de lectura, conceptualización, efectos y marcas distintivas? No cabe duda de que la misma tradición literaria y cultural latinoamericana pondrá a prueba, más de una vez, no solo los límites entre uno y otro ámbito de indagación, sino su pertinencia en el campo mismo de una lectura ecocrítica y medioambiental (2013, p. 50).

En síntesis, lo que se propone Heffes en su investigación es mostrar que si bien existen una serie de perspectivas para aproximarse a las múltiples representaciones visuales, textuales y artísticas latinoamericanas, tanto desde el campo académico anglosajón como de la crítica literaria y cultural proveniente de América Latina -algunas de las cuales considera coherentes y consistentes, mientras que en otros casos limitadas e incongruentes-, la ecocrítica es difícilmente asimilable al fenómeno latinoamericano. Por ello, consagra su reflexión alrededor de la praxis estética continental con la finalidad de construir una supuesta “nueva episteme crítica” claramente visible en los diversos análisis que realiza y que operan en la intersección entre la naturaleza, lo urbano y lo latinoamericano. En pocas palabras, destina su trabajo a un intento doble: por un lado, a cuestionar la aplicabilidad del aparato ecocrítico angloamericano, en la medida en que no lo considera como una herramienta idónea para analizar el fenómeno latinoamericano. Y, por otra parte, luego de reconocer que las múltiples representaciones a las que alude desbordan “el paradigma de análisis crítico” (2013, p. 69), a intentar formular una nueva praxis de reflexión epistemológica para aproximarse a los rasgos propios de su objeto de estudio, esto es, al fenómeno latinoamericano.

Este fenómeno, aduce Gisela Heffes, puede categorizarse en tres figuras retóricas o “tropos medioambientales paradigmáticos” (2013, p. 21) relacionados con sistemas éticos que han fomentado la explotación y el abuso del patrimonio natural. Estos son: en primer lugar, el que se relaciona con la idea de destrucción medioambiental (o con la imagen del vertedero de basura); en segundo lugar, el relacionado con la sostenibilidad (o la práctica del reciclaje); y el tercero, relacionado con la conservación (o la imaginación utópica). Dichos tropos se articulan, según la autora, a partir de la sanguinaria ejecución de la ideología neoliberal y sus políticas económicas en nuestro continente, y por ello, resultan ser neurálgicos al momento de considerar las representaciones del medioambiente en las diferentes producciones literarias y culturales, tanto en nuestras relaciones con el espacio urbano como con la idea misma de naturaleza, que abarca lo humano y lo no humano.

Además, Heffes arguye que, a través de un análisis interdisciplinario que abarca múltiples fundamentos teóricos de las humanidades y las ciencias sociales, estos tres tropos develan que la naturaleza, además de transformarse en un objeto mercantilizado exclusivo, guarda relaciones particulares con cada uno de estos tropos. Pero a su vez, todos ellos se encuentran transversalizados por una retórica de los desechos, “esto es, lo que se descarta, se recicla y se conserva, y que se vincula, a su vez, con el problema, ya más general, de la destrucción y preservación medioambiental” (2013, p. 24).

En últimas, la propuesta de Heffes (2013) propende por llevar a cabo un análisis que abarque la relación entre la producción cultural del continente y la representación del medio ambiente en el espacio urbano, así como una ética y política medioambiental que articule las preocupaciones antropocéntricas y ecocéntricas. Esto es, un análisis que no solo se enfoque en el espacio natural y su antagonismo con la degradación del paisaje como producto del capitalismo industrial (como ha ocurrido con gran parte de la oleada más reciente de la ecocrítica a partir de los años noventa), sino que también conciba los espacios construidos y degradados como parte misma del paisaje. Para ello, se apoya en referentes provenientes de las ciencias sociales, la teoría urbana y la filosofía (M. Foucault,

D. Harvey, Z. Bauman, W. Rathje, W. Benjamin, entre otros) que, por lo menos en este caso, poco o nada dialogan con la teoría y la crítica literaria latinoamericanas que les preceden y que, además, legitiman o visualizan de antemano la lectura que van a hacer o la conclusión a la que van a llegar, lo cual a su vez produce, para insistir nuevamente con Garayalde (2023), un saber ya sabido que encalla en la cultura del comentario, relegando a un segundo plano la autonomía de la obra literaria y la relación de esta última con el horizonte ideológico, siempre en formación al interior de la obra literaria.

Como hemos podido observar, sin duda en el panorama ecocrítico existe un marcado interés por considerar los problemas y los fenómenos literarios latinoamericanos relacionados con el medioambiente y su intersección con la cultura. Ahora bien, “esta nueva episteme” que proponen los autores enunciados, en especial Heffes (2013), Barbas-Rhoden (2014) y Araya (2017), después de reconocer que la realidad latinoamericana desborda la mirada ecocrítica y que se requiere de una nueva perspectiva para dilucidar los aportes que la literatura latinoamericana puede ofrecer al panorama ecológico global, no logra desmarcarse del panorama anglosajón ni de las voces autorizadas por la institucionalidad académica eurocentrada y sus paradigmas dominantes, que más bien parecen seguir perpetuando una idea de periferia construida desde y para las metrópolis imperiales y, por consiguiente, aquella vieja lógica que concibe al continente latinoamericano únicamente como naturaleza (bien sea degradada o paradisíaca), por fuera de la historia y la tradición literaria.

Justamente, sobre ello es que llama la atención Rafael Gutiérrez Girardot (1989) al asegurar que ni siquiera aquí voces como las de Andrés Bello y Alejo Carpentier se percataron de que dicha interpretación del mundo americano como naturaleza es un producto histórico cultural que “responde gustosamente a las exigencias socio-sicológicas de las sociedades europeas” (p. 40), dando por sentado que este es el rasgo esencial ontológico del Nuevo Mundo. Asimismo, podemos inferir que gran parte de los artículos revisados, cuando no se limitan a esbozar un estado del arte de lo que se ha hecho y debería hacerse en el futuro en el campo de los estudios literarios latinoamericanos con relación a la poesía y la narrativa, terminan inclinándose hacia la ecología política y las humanidades ambientales.

De igual modo, casi todos estos estudios solo asumen la literatura como un pretexto para la denuncia. Es decir, le atribuyen funciones propias del activismo ecológico, sociología o antropología que terminan socavando la pregunta por la capacidad del lenguaje literario para acercarse a la Historia desde sus propias coordenadas. Dicho de otro modo, estos trabajos recurren a una óptica que reduce de manera significativa la selección de los hechos, sugiere una valoración de los acontecimientos que parte de la falacia de que la historia puede ser interpretada literaria y estéticamente con una pretensión de verdad y que, además, crea mitos (invenciones y sustituciones del pensamiento y la historia) que interfieren en la comprensión de la literatura y la historia latinoamericanas, pues dan la ilusión de que estos sirven para explicar la evolución de la realidad y no solo, como en efecto lo hacen, tan solo un momento y una realidad determinados y estéticamente codificados.

Si bien algunos de los artículos revisados aluden, por ejemplo, a la importancia del pensamiento de José Martí y su propuesta de retornar a lo natural para reflexionar sobre procesos alternativos de modernización en América Latina y sus naciones (Marcone, 1998); o retoman brevemente propuestas como las de Eduardo Galeano y José Carlos Mariátegui para pensar en temas de biorregionalismo o para recuperar y visibilizar los sistemas indígenas de pensamiento, de uso de la tierra y organización social para hacer frente a los problemas y a las prácticas abusivas de los grandes sistemas de plantaciones que trajeron a la modernidad a miles de personas como trabajadores y no como ciudadanos (Barbas-Rhoden, 2014), en realidad la presencia de la dimensión estética de la literatura y su relación con la naturaleza es prácticamente inexistente. Ello, pese a que críticos y escritores como Germán Arciniegas, en *Tierra firme* (1935); Cintio Vitier, en *Lo cubano en la poesía* (1958); Eduardo Caballero Calderón, en *Caminos subterráneos. Ensayo de interpretación del paisaje* (1976); Soledad Álvarez, en *El paisaje insular en la poesía dominicana* (1991); por solo mencionar unos cuantos, han en efecto reflexionado sobre ello incluso mucho antes del surgimiento y eventual apogeo de la llamada ecocrítica latinoamericana.

Esa tendencia a prescindir u “oscurecer”, en términos de Monica Krause (2021), otro tipo de referentes responde a numerosas prácticas frecuentes en la vida académica. Esta opacidad tiene lugar cuando las observaciones sobre objetos específicos se presentan como “teoría” al trasladarse entre diferentes contextos y cuando las etiquetas de subcampos disciplinarios estructuran las conversaciones académicas, funcionando como atajos hacia el conocimiento al agrupar diversos objetos de estudio (2021, p. 118). Así pues, lejos de ser omisiones benévolas, lo que provocan es el refuerzo de dinámicas de poder que condicionan la producción de conocimiento en América Latina al desentenderse de sus particularidades históricas, culturales y estéticas.

Estas reflexiones estarían incompletas si se ignora otro fenómeno, más preocupante aún, que tiene que ver con el hecho de cómo, en los últimos cuatro o cinco años, alrededor de las porosas, ficticias y editorialmente rentables parcelas de los “estudios culturales verdes” (*Green Cultural Studies*), los “estudios verdes” (*Green Studies*) y las humanidades ambientales (*Environmental Humanities*), han irrumpido en escena, y con sospechosa rapidez también, los estudios críticos sobre plantas, animales, fuentes hídricas, suelos y energías (los llamados *Critical Plant Studies*, *Animal Studies*, *Hydrohumanities* y *Energy Humanities*) que, en consonancia con el sustrato neohistoricista y culturalista que los apuntala, ofrecen un discurso, disfrazado de método, que puede reutilizarse o desplegarse, sin sonrojo alguno, en otros recortes histórico-literarios de la literatura latinoamericana.

Piénsese, por ejemplo, en libros como *The Poetics of Plants in Spanish American Literature* (2020), de Lesley Wylie; *Hydrocriticism and Colonialism in Latin America* (2022), editado por Mabel Moraña, y más recientemente, el *Handbook of Latin American Environmental Aesthetics* (2023), editado por Jens Andermann, Gabriel Giorgi y Victoria Saramago. Así las cosas, ya ni siquiera es cuestión de que la ecocrítica o sus múltiples discursos o seudodisciplinas obvien la manera en la que la literatura se relaciona con otras ideologías, como decíamos antes de la mano con Medvédev y Bajtín, sobre todo si se observa la manera como, en la última década, muchísimas editoriales, independientes o no, se han encargado de promocionar, de manera sospechosamente reiterativa, obras que tematizan la

naturaleza y el medio ambiente en el marco amplio y contradictorio de la modernidad capitalista, dejando entrever, con ello, ciertos lineamientos que se encargan de legitimar estos modos de escribir, leer y hacer crítica literaria.

Mejor no lo podría haber dicho el escritor colombiano Juan Cárdenas (2023):

Antes los artistas hacían su vaina y luego llegaban los académicos y transformaban esa vaina en una cajita de conceptos. Después venía el mercado. Ahora el mercado y la academia dictan la moda y el artista se limita a seguirla mansamente. A veces hasta sin saberlo (s. p.).

Conclusiones

La relevancia de reflexiones que profundicen en las relaciones humanas y no humanas, la naturaleza y el medioambiente es inocultable a las luces de la centralidad temática que la crisis global producida por el cambio climático tiene desde el siglo XX. Es innegable que se trata de una de las inquietudes que mayor urgencia suscita en las agendas sociopolíticas a escala global y la crítica literaria no ha sido ajena a esa exigencia, no en vano se revela meridianamente el creciente interés por la ecocrítica.

Ahora bien, sin menoscabo del ademán ambientalista que esta tendencia académica promulga, lo cierto es que la ecocrítica se inserta en el panorama de los estudios literarios latinoamericanos como un proyecto de colonización académica cimentado en los paradigmas culturalistas de la crítica literaria actual, que no solo evade la reflexión en torno a una metodología o reflexión teórica, sino que legitima una aproximación a la obra literaria que se contenta con ignorar el ejercicio de valoración estética, con su respectiva autonomía, para consagrarse sus esfuerzos a la repetición de premisas conocidas de antemano. Esta tendencia improductiva no hace sino redundar en la necesidad de atender al llamado de Krause (2021) de que las ciencias sociales y humanas se orienten a abarcar todas las posibles estrategias de investigación, con la expectativa de realizar

descubrimientos, propiciar hallazgos innovadores y el surgimiento de nuevas ideas (p. 118).

Por otra parte, podría objetarse un carácter intrínsecamente colonial en la manera en que la noción de “estética” subordina ciertas formas artísticas con la clasificación binaria arte/no arte. También podría alegarse que la literatura misma constituye otra forma de colonización de la naturaleza; sin embargo, fuera de esa perspectiva restringida de la estética, es posible disentir y en su lugar abogar por otras formas de comprensión del mundo que cuestionen los fundamentos coloniales de esos imaginarios al proponer formas de subvertirlos.

Es esta la ocasión de insistir en la necesidad de la crítica literaria, sus métodos y fundamentos, sobre todo para el panorama latinoamericano, y de su verdadero potencial transformador cuando asume la responsabilidad de adquirir conciencia frente a las diferencias culturales e institucionales, en lugar de asumir una actitud irreflexiva de cara a tendencias que corren el riesgo de fosilizar el potencial creativo de los contactos (inter)disciplinarios. Daniel Mato (2019) acierta al decir que no será esta la primera ni la última vez que presenciamos cismas y fricciones entre modos evidentemente jerárquicos de concebir el saber disciplinar. Pero en cada generación, como alguna vez nos enseñó Pedro Henríquez Ureña (2023), se “renuevan el descontento y la promesa” (p. 40).

Valdría la pena redescubrir esa promesa en el pasado de nuestra tradición ensayística latinoamericana, no por un simple impulso endogámico ciego ante las virtudes de los intercambios culturales, sino por un proyecto de reivindicación epistemológica capaz de reconocer en el ensayo el depositario de una parte significativa de nuestras teorías literarias, de nuestras perspectivas diferenciadas y autónomas. ¿Qué podría decírnos hoy, un siglo o cinco siglos después, *Visión de Anáhuac* [1519] de Alfonso Reyes (1915) de cara a la representación de la naturaleza, a los deseos que en ella se proyectan y a la imaginación utópica? ¿Cómo leer hoy, a casi setenta años de su publicación, las dilucidaciones paisajísticas y culturales que ofrece José Lezama Lima en *La expresión americana* (1957)? ¿De qué manera la estetización de cierto pesimismo naturalista al que recurre Ezequiel Martínez Estrada en su *Radiografía de la pampa* (1937) es

una manera de situarse frente a la diáada naturaleza-modernidad en América Latina?

No hace falta insistir en que el lugar de la crítica literaria ha perdido el prestigio que solía ostentar en la esfera pública a principios del siglo xx. No obstante, este desplazamiento del lugar de la literatura en los discursos no dinamita su relevancia para el diálogo con la serie social. Siguiendo las premisas de Gutiérrez Girardot (1989), la literatura es “la más perceptible expresión de la complejidad histórica de un pueblo, la que da conciencia de lo que es, cómo ha llegado a ser y lo que quiere llegar a ser” (p. 57). Esa complejidad exige, pues, un compromiso crítico encaminado a la empresa de nuestra educación sensible y al reclamo de nuestra herencia cultural. La voluntad de transformación real de la praxis literaria rebasa el limitado alcance de la cultura del comentario y de las conclusiones tan estériles como repetitivas de las aproximaciones ecocríticas. Después de todo, la reflexión propiamente estética sobre la naturaleza implica, a su vez, la reflexión política en torno a ella 

Referencias

- Adorno, T. W. (1980). *Teoría estética* (F. Riaza y F. Pérez Gutiérrez, Trads.). Taurus.
- Alegría, C. (2010 [1935]). *La serpiente de oro*. Fontamara.
- Álvarez, S. (1991). *El paisaje insular en la poesía dominicana*. Editora Universitaria UASD.
- Andermann, J., Giorgi, G. y Saramago, V. (Eds.) (2023). *Handbook of Latin American Environmental Aesthetics*. Walter de Gruyter.
- Appadurai, A. (1996). *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*. University of Minnesota Press.
- Araya Grandón, J. G. (2017). Hacia una mirada ecocrítica de la Literatura Hispanoamericana. *Desde el Sur*, 9(1), 27-38. <https://doi.org/10.21142/DES-901-2017-27-38>.
- Arciniegas, G. (1935). *Tierra firme*. Sudamericana.

- Balarezo Andrade, D. V. (2022). Ecocrítica: orígenes y fundamentos. *Kipus. Revista andina de letras y estudios culturales*, (52), 111-124. <https://doi.org/10.32719/13900102.2022.52.8>.
- Barbas-Rhoden, L. (2014). Hacia una ecocrítica transnacional: aportes de la filosofía y crítica cultural latinoamericanas a la práctica ecocrítica. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 40(79), 79-96. <https://n9.cl/ntl57>.
- Bate, J. (1991). *Romantic Ecology. Wordsworth and the Environmental Tradition*. Routledge.
- Binns, N. (2001). Ecocrítica, ecocriticism: ¿otra moda más en las aulas? *Babab*, (7). <https://n9.cl/byys3>.
- Bloom, H. (1994). *The Western Canon. The Books and School of the Ages*. Harcourt Brace & Company.
- Buell, L. (1995). *The Environmental Imagination. Thoreau, Nature Writing, and the Formation of American Culture*. Belknap Press of Harvard University Press.
- Buell, L. (2011). Ecocriticism: Some Emerging Trends. *Qui Parle*, 19(2), 87-115. <https://doi.org/10.5250/quiparle.19.2.0087>.
- Caballero Calderón, E. (1976 [1936]). Caminos subterráneos. *Ensayo de interpretación del paisaje*. Plaza & Janés.
- Campos-F.-Fígaro, M. y García-Rivera, G. (2017). Aproximación a la ecocrítica y la ecoliteratura: literatura juvenil clásica e imaginarios del agua. *Ocnos*, 16(2), 95-106. https://doi.org/10.18239/ocnos_2017.16.2.1511.
- Cárdenas, J. (2023, marzo 17). Los artistas y la academia [actualización de estado]. Facebook. <https://n9.cl/7grn8>.
- Castro-Gómez, S. (2000). Althusser, los estudios culturales y el concepto de ideología. *Revista Iberoamericana*, 66(193), 737-751. <https://n9.cl/zh3dt>.
- Echeverría, B. (2008). La modernidad “americana” (claves para su comprensión). En B. Echeverría (Comp.), *La americanización de la modernidad* (pp. 17-49). Ediciones Era / Centro de Investigaciones sobre América del Norte y Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, UNAM.

- Escobar Chacón, J. D. (2018). Universalismo, identidad y discurso académico en el contexto de la globalización. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 20(2), 155-181. <https://doi.org/10.15446/lthc.v20n2.70881>.
- French, J. (2005). *Nature, Neo-colonialism and the Spanish American Regional Writers*. Dartmouth College Press.
- Garayalde, N. (2023). ¿A dónde va la enseñanza literaria? *Káñina. Revista de Artes y Letras*, 47(3), 227-253. <https://doi.org/10.15517/rk.v47i3.57931>.
- Garrard, G. (2004). *Ecocriticism*. Routledge.
- Gifford, T. (2008). Recent Critiques of Ecocriticism. *New Formations*, (64), 15-24. <https://n9.cl/oabhw>.
- Glotfelty, C. (1996). Introduction. *Literary Studies in an Age of Environmental Crisis*. En C. Glotfelty & H. Fromm (Eds.), *The Ecocriticism Reader. Landmarks in Literary Ecology* (pp. xv-xxxvii). The University of Georgia Press.
- Greenblatt, S. (1980). *Renaissance Self-Fashioning. From More to Shakespeare*. University of Chicago Press.
- Greenblatt, S., & Gunn, G. (1992). Introduction. En S. Greenblatt y G. Gunn (Eds.), *Redrawing the Boundaries. The Transformation of English and American Literary Studies* (pp. 1-11). Modern Language Association of America.
- Greenblatt, S., & Gallagher, C. (2000). *Practicing New Historicism*. The University of Chicago Press.
- Gutiérrez Girardot, R. (1989). A propósito de las interpretaciones de la literatura latinoamericana. En *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas* (pp. 39-57). Temis.
- Heffes, G. (2013). *Políticas de la destrucción / Poéticas de la conservación. Apuntes para una lectura (eco)crítica del medioambiente en América Latina*. Beatriz Viterbo.
- Henríquez Ureña, P. (2023 [1925]). *La utopía de América. Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Biblioteca Dominicana Básica.
- Jameson, F. (1991). *Postmodernism, Or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Duke University Press.

- Krause, M. (2021). *Model Cases. On Canonical Research Objects and Sites.* University of Chicago Press.
- LaCapra, D. (1989). *Soundings in Critical Theory.* Cornell University Press.
- Laverde Ospina, A. (2014). Estudios culturales/crítica literaria: ¿una contradicción insuperable? *Acta Literaria*, (49), 159-179. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-68482014000200009>.
- Marcone, J. (1998). De retorno a lo natural: la serpiente de oro, la “novela de la selva” y la crítica ecológica. *Hispania*, 81(2), 299-308.
- Mato, D. (2019). Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder. *Ciências Sociais Unisinos*, 55(2), 139-162. <https://doi.org/10.4013/csu.2019.55.2.02>.
- Medvédev, P. N. y Bajtín, M. M. (2009 [1928]). Tareas inmediatas de los estudios literarios. En D. Navarro (Sel. y Trad.), *El pensamiento cultural ruso en criterios. Tomo 2* (pp. 218-245). Centro Teórico-Cultural Criterios.
- Mignolo, W. D. (1991). Canon and Corpus: An Alternative View of Comparative Literary Studies in Colonial Situations. *Dedalus. Revista Portuguesa de Literatura Comparada*, (1), 219-251.
- Moraña, M. (Ed.). (2022). *Hydrocriticism and Colonialism in Latin America. Water Marks.* Palgrave Macmillan.
- Naidorf, J. y Perrotta, D. (2017). La privatización del acceso abierto. Nuevas formas de colonización académica en América Latina y su impacto en la evaluación de la investigación. *Universidades UDUAL*, (73), 41-50. <https://n9.cl/674lj>.
- O’Gorman, E. (1995). *La invención de América.* Fondo de Cultura Económica.
- Oppermann, S. (2010). The Rhizomatic Trajectory of Ecocriticism. *Ecozon@*, 1(1), 17-21. <https://doi.org/10.37536/ECOZONA.2010.1.1.314>.
- Oppermann, S. (2015). Introduction. En S. Oppermann (Ed.), *New International Voices in Ecocriticism* (pp. 1-24). Lexington Books.
- Ostria González, M. (2010a). Globalización, ecología y literatura. Aproximación ecocrítica a textos literarios latinoamericanos. *Kipus*, (25), 97-109. <http://hdl.handle.net/10644/2282>.

- Ostría González, M. (2010b). Notas sobre ecocrítica y poesía chilena. *Atenea*, (502), 181-191. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-04622010000200010>.
- Paredes, J. y McLean, B. (2000). Hacia una tipología de la literatura ecológica en español. *Ixquic. Revista Hispánica Internacional de Análisis y Creación*, (2), 1-37.
- Pozuelo Yvancos, J. M. (2023). Prefacio. Los desafíos de la teoría literaria. En N. A. Cuevas Velasco y R. Velasco (Coords.), *Escrituras desbordadas. Variaciones sobre el pensamiento literario* (pp. 7-20). Universidad Veracruzana.
- Redondo Olmedilla, J. C. (2023). *Formas fluidas. Estudios sobre Traducción y Literatura Comparada*. Comares.
- Reynoso, C. (2000). *Apogeo y decadencia de los estudios culturales. Una visión antropológica*. Gedisa.
- Rojo, G. (1997). Crítica del canon, estudios culturales, estudios poscoloniales y estudios latinoamericanos: una convivencia difícil. *Kipus - Revista Andina de Letras*, (6), 5-17. <https://n9.cl/wvxbi>.
- Sarlo, B. (1997). Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa. *Revista de Crítica Cultural*, (15), 32-38. <https://n9.cl/b9xpv>.
- Schaeffer, J.-M. (2013). *Pequeña ecología de los estudios literarios. ¿Por qué y cómo estudiar la literatura?* (L. Fólica, Trad.). FCE.
- Slovic, S. (2000). Ecocriticism: Containing Multitudes, Practising Doctrine. En L. Coupe (Ed.), *The Green Studies Reader* (pp. 160-162). Routledge.
- Stonor Saunders, F. (2000). *The Cultural Cold War. The CIA and the World of Arts and Letters*. The New Press.
- Subirats, E. (2008). Las poéticas colonizadas de América Latina. En B. Echeverría (comp.), *La americanización de la modernidad* (pp. 77-96). Era / Centro de Investigaciones sobre América del Norte y Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, UNAM.
- Subirats, E. (2014). *Deconstrucciones hispánicas*. EDAF.
- Todorov, T. (2007). *La Conquista de América. El problema del otro* (F. Botton Burlá, Trad.). Siglo XXI.

- Vitier, C. (1958). *Lo cubano en la poesía*. Instituto del Libro.
- Walhout, M. (1987). The New Criticism and the Crisis of American Liberalism: The Poetics of the Cold War. *College English*, 49(8), 861-871. <https://doi.org/10.2307/378114>.
- Williams, M. (2003). New Historicism and Literary Studies. *Journal of General Studies*, 27(1), 115-144. <https://n9.cl/o05p0>.
- Williams, M. (2006). Redrawing the Boundaries of American Studies. *Journal of General Studies*, 30(3), 25-48. <https://n9.cl/27om9>.
- Wylie, L. (2020). *The Poetics of Plants in Spanish American Literature*. University of Pittsburgh Press.